

El juicio final está ya en acción

El juicio final comienza en el curso de nuestra existencia... Por ello debemos abrirnos al amor de Jesús, que es más fuerte de todas las otras cosas. **El amor de Jesús es grande, el amor de Jesús es misericordioso, el amor de Jesús perdona; pero tú debes abrirte y abrirse significa arrepentirse, acusarse de las cosas que no son buenas y que hicimos.** El Señor Jesús se donó y continúa donándose, para colmarnos de misericordia y gracia del Padre. **Somos nosotros quienes podemos convertirnos en cierto sentido, en jueces de nosotros mismos, auto condenándonos a la exclusión de la comunión con Dios y con los hermanos.**

... No nos cansemos, de vigilar sobre nuestros pensamientos y sobre nuestras actitudes, para pre gustar desde ahora el calor y el esplendor del rostro de Dios –y ello será bellissimo- en la vida eterna contemplaremos en toda su lentitud. Adelante, pensando en este juicio que comienza ahora, que ya comentó”.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. DE ESTOS TEXTOS DEL MAGISTERO DE NUESTROS PAPAS ¿QUÉ TE IMPRESIONÓ?
2. Cristo, NUESTRO supremo Juez, en su realeza, nos enseñó lo que significa, también para nosotros, ser hijos de Dios y poseer su realeza.
¿CÓMO ESTA GRAN VERDAD TRANSFORMA NUESTRA VIDA?
3. El juicio final nos empuja a pensar en el fin de nuestra vida pero ello **está ya en acción**, depende **del criterio según el que ordenamos nuestra vida presente**

¿Y TU QUÉ DICES?

MOMENTO De ORACIÓN – Recemos juntos, lentamente el salmo 50 (51) “Miserere”, pensando en nuestras actitudes delante de Cristo juez.



Año 2017 - 2018

Ficha 1b

Amigos de Juanaici Antida

Premisa.

La ficha 1a nos ayudó a reflexionar sobre los versículos de **Mt 25,31-33** poniendo a la luz algunos aspectos: **el juicio final**, no es un juicio de condena sino de amor, **Jesús es un Rey que sirve...** y nos hizo algunas preguntas.

En esta ficha **1b** dejándonos ayudar por el Papa Benedicto XVI y por el Papa Francisco, trataremos de entender lo que realmente es:

la gloria de Dios, su trono y lo que es el juicio final.

Hijo del hombre - gloria y trono de Dios

"¿Por qué Dios se hizo hombre?". Escribe San Irineo: "El Verbo se hizo dispensador de la gloria del Padre para el bien de los hombres ... Gloria de Dios y es el hombre el que vive – *vivens homo* – y su vida consiste en la visión de Dios" La gloria de Dios se manifiesta, en la salvación del hombre, que Dios tanto amó "de dar – como afirma el evangelista Juan – su Hijo unigénito, porque quien cree en él, no muere, sino que tendrá vida eterna" (Jn 3,16). (Benedicto XVI, Audiencia general 27 de diciembre 2006)

"En algunas representaciones natalicias del Medioevo y del inicio del tiempo moderno, el establo aparece como un palacio deteriorado... Se puede reconocer la grandeza del antes, pero ahora está en ruinas, las paredes derrumbadas – se convirtieron en un pesebre... En el pesebre de Belen, justo allí donde estuvo el punto de partida, comienza la realidad y el niño es colocado en una pesebre. El nuevo trono desde donde David atraerá el mundo a sí y a la Cruz.

El poder que proviene de la Cruz, el poder de la bondad que se dona – es esta la verdadera realeza.

El nuevo trono desde el cual este David atraerá hacia sí el mundo es la Cruz. El nuevo trono –la Cruz– corresponde al nuevo inicio en el establo. Pero justamente así se construye el verdadero palacio davídico, la verdadera realeza. Así, pues, este nuevo palacio no es como los hombres se imaginan un palacio y el

poder real. Este nuevo palacio es la comunidad de cuantos se dejan atraer por el amor de Cristo y con Él llegan a ser un solo cuerpo, una humanidad nueva. El poder que proviene de la Cruz, el poder de la bondad que se entrega, ésta es la verdadera realeza. El establo se transforma en palacio; precisamente a partir de este inicio, Jesús edifica la nueva gran comunidad, cuya palabra clave cantan los ángeles en el momento de su nacimiento: «Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que Dios ama», hombres que ponen su voluntad en la suya, transformándose en hombres de Dios, hombres nuevos, mundo nuevo. *(Homilía de Benedicto XVI 25 de diciembre de 2007)*

Juicio... criterio de la vida presente

“La perspectiva del juicio, ya desde los primeros tiempos, influyó los cristianos en su **vida cotidiana como un criterio según el cual ordenar la vida presente, como una llamada a su conciencia y al mismo tiempo, como esperanza en la justicia de Dios...**

“En la parábola del rico epulón y el pobre Lázaro (cf. Lc 16, 19-31), Jesús ha presentado como advertencia la imagen de un alma similar, arruinada por la arrogancia y la opulencia, que ha cavado ella misma un foso infranqueable entre sí y el pobre: el foso de su cerrazón en los placeres materiales, el foso del olvido del otro y de la incapacidad de amar, que se transforma ahora en una sed ardiente y ya irremediable. (47) ... Algunos teólogos recientes piensan que el fuego que arde, y que a la vez salva, es Cristo mismo, el Juez y Salvador. El encuentro con Él es el acto decisivo del Juicio. Ante su mirada, toda falsedad se deshace. Es el encuentro con Él lo que, quemándonos, nos transforma y nos libera para llegar a ser verdaderamente nosotros mismos. En ese momento, todo lo que se ha construido durante la vida puede manifestarse como paja seca, fanfarronería, y derrumbarse. Pero en el dolor de este encuentro, en el cual lo impuro y malsano de nuestro ser se nos presenta con toda claridad, está la salvación. Su mirada, el toque de su corazón, nos cura a través de una transformación, ciertamente dolorosa, « como a través del fuego ». Pero es un dolor bienaventurado, en el cual el poder santo de su amor nos penetra como una llama, permitiéndonos ser por fin totalmente nosotros mismos y, con ello, totalmente de Dios.”. *(Spes Salvi - Benedetto XVI)*

Juicio... el abrazo de Jesús

(Papa Francisco Audiencia General 11 de diciembre de 2013)

Entonces «cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con Él... serán reunidas ante Él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como

un pastor separa las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda... Y estos irán al castigo eterno y los justos a la vida eterna» (Mt 25, 31-33.46). Cuando pensamos en el regreso de Cristo y en su juicio final... percibimos encontrarnos ante un misterio que nos sobrepasa, que no logramos ni siquiera imaginar. Un misterio que casi instintivamente suscita en nosotros un sentido de temor, y tal vez también de ansia. Sin embargo, si reflexionamos bien sobre esta realidad, ella ensancha el corazón de un cristiano y constituye un gran motivo de consolación y de confianza.

*Al respecto, el testimonio de las primeras comunidades cristianas resuena más sugestivo que nunca. Las mismas, en efecto, acompañaban las celebraciones y las oraciones con la aclamación Maranathà, una expresión formada por dos palabras arameas que, según como se silabeen, se pueden entender como una súplica: «¡Ven, Señor!», o bien como una certeza alimentada por la fe: «Sí, el Señor viene, el Señor está cerca». Es la exclamación en la que culmina toda la Revelación cristiana, al término de la maravillosa contemplación que nos ofrece el Apocalipsis de Juan (cf. Ap 22, 20). En ese caso, es la Iglesia-esposa que, en nombre de toda la humanidad y como primicia, se dirige a Cristo, su esposo, no viendo la hora de ser envuelta **por su abrazo: el abrazo de Jesús**, que es plenitud de vida y plenitud de amor. Así nos abraza Jesús. Si pensamos en el juicio en esta perspectiva, todo miedo y vacilación disminuye y deja espacio a la espera y a una profunda alegría: será precisamente el momento en el que finalmente seremos juzgados dispuestos para ser revestidos de la gloria de Cristo, como con un vestido nupcial, y ser conducidos al banquete, imagen de la plena y definitiva comunión con Dios.*

No estaremos solos

*No estaremos solos en el momento del juicio, **no seremos dejados solos. E Jesús mismo**, en el Evangelio de Mateo, quien pre anuncia cómo, al final de los tiempos, **los que los siguieron se encontrarán en su gloria, para juzgar con el** (cfr Mt 19,28). El apóstol Pablo, escribiendo a la comunidad de Corintio afirma: **«¿No saben que los santos juzgarán el mundo? ... Qué bello es saber que... además de Cristo, nuestro Paráclito, nuestro Abogado junto al Padre** podremos contar con la intercesión y **la benevolencia de tantos hermanos y hermanas** más grande que nos precedieron en el camino de la fe, que ofrecieron su vida por nosotros y que siguen amándonos de modo indecible! ... La Iglesia es una madre y, como una mamá, busca el bien de sus hijos, sobre todo de aquellos más lejanos y afligidos, hasta que encontrará su plenitud **en el cuerpo glorioso de Cristo con todos sus miembros**”.*